

# La Jirafa, el Pelicano y el Mono

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleo

Las obras de Roald Dahl  
no solo ofrecen historias apasionantes...

¿Sabías que un 10% de los derechos de autor\* de este libro se destina a financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl?



Roald Dahl es muy famoso por sus historias y poemas; pero no es tan conocido por su labor en apoyo de los niños enfermos. Actualmente, la fundación **Roald Dahl's Marvellous Children's Charity** presta su ayuda a niños con trastornos médicos severos y en situación de extrema pobreza. Esta organización benéfica considera que la vida de todo niño puede ser maravillosa sin entrar a valorar lo enfermo que esté o su esperanza de vida.

En el **Roald Dahl Museum and Story Centre**, en Great Missenden, Buckinghamshire (la localidad en la que vivió el autor), puedes conocer muchas más historias sobre la vida de Roald Dahl y sobre cómo su biografía se entremezcla con sus historias. Este museo es una organización benéfica cuya intención es fomentar el amor por la lectura, la escritura y la creatividad. Asimismo, dispone de tres divertidas galerías con muchas actividades para hacer y un montón de datos curiosos por descubrir (incluyendo la cabaña en la que Roald Dahl se retiraba a escribir). El museo está abierto al público en general y a grupos escolares (de 6 a 12 años) durante todo el año.



**Roald Dahl's Marvellous Children's Charity (RDMCC)** es una organización benéfica registrada con el número 1137409.

**Roald Dahl Museum and Story Centre (RDMSC)** es una organización benéfica registrada con el número 1085853.

**Roald Dahl Charitable Trust** es una organización benéfica recientemente establecida, que apoya la labor de RDMCC y RDMSC.

\* Los derechos de autor donados son netos de comisiones.

*A Neisha, a Charlotte y a Lorina*



No muy lejos de donde vivo hay una casa de madera abandonada, vieja y misteriosa, que se alza solitaria a un lado de la calle. Siempre he deseado explorar su interior y, cuando curioso por una de sus ventanas, todo lo que consigo ver es polvo y oscuridad. Sé que la planta baja fue en otros tiempos una tienda, pues en la fachada aún puedo leer un cartel descolorido en el que pone: «El Empachadero». Mi madre me ha dicho que antiguamente en nuestra región esa palabra significaba confitería, y ahora cada vez que la veo pienso para mis adentros lo preciosa que debió de ser esa vieja confitería.

En el escaparate alguien había escrito con pintura blanca las palabras «Se bende».

Una mañana me fijé que habían borrado el «Se bende» del escaparate y que en su lugar alguien había pintado «Bendido». Me quedé mirando el nuevo cristal y me dije que ojalá hubiera podido ser yo el que la comprara, porque entonces me habría dedicado a convertirla otra vez en un empachadero. Siempre he deseado

con todas mis fuerzas tener una confitería. La confitería de mis sueños estaría forrada de arriba abajo con Chupetes de Sorbete y Crujientes de Caramelo y Toffees Rusos y Delicias de Azucarillo y Masticables de Crema y miles y miles de otras glorias parecidas. ¡Hay que ver lo que yo habría hecho con ese viejo empachadero si hubiera sido mío!

En mi siguiente visita a aquel lugar, estaba yo contemplando desde la acera de enfrente el viejo y maravilloso edificio cuando de repente una enorme bañera salió despedida por una de las ventanas del segundo piso y fue a estrellarse en mitad de la calzada.









Poco después, un inodoro de porcelana blanco que aún tenía sujeto su asiento de madera salió volando por la misma ventana y aterrizó, haciéndose añicos, al lado de la bañera.

Al inodoro lo siguió un lavabo, una jaula de canario vacía, una cama con dosel, dos bolsas de agua caliente, un caballito de madera, una máquina de coser y Dios sabe cuántas cosas más.

Parecía como si un loco estuviera arrancando todo lo que había dentro, porque también caían zumbando desde las ventanas trozos de escalera, pedacitos de barandilla y montones de baldosas viejas.

Después se hizo el silencio. Esperé un buen rato, pero ningún otro ruido salió del interior de la casa. Crucé la calle, me puse justo debajo de las ventanas y grité:

—¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta.

Al final empezó a anochecer, así que tuve que volverme andando a casa. Pero pueden apostar sus vidas a que nada me iba a impedir volver corriendo a la mañana siguiente a ver qué nueva sorpresa me esperaba.



Cuando volví esa mañana me fijé, lo primero de todo, en la nueva puerta. La vieja y sucia de color marrón había desaparecido y en su lugar alguien había instalado una completamente nueva de color rojo. La puerta nueva era fantástica. Era el doble de alta que la anterior y resultaba rarísima. No podía imaginarme quién podría necesitar una puerta tan tremendamente alta en su casa, a menos que fuera un gigante.

También habían borrado del escaparate el cartel de «Bendido» y ahora había un montón de cosas escritas sobre el cristal. Lo leí y releí, tratando de averiguar qué significaban aquellas palabras.

Intenté captar algún ruido o signo de movimiento dentro de la casa, pero no hubo ninguno... hasta que, de repente, con el rabillo del ojo... vi que una de las ventanas del último piso empezaba a abrirse lentamente hacia fuera.

